

CANADÁ Y LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL: ¿GUERRA SANTA?**CANADA AND THE FIRST WORLD WAR: ¿HOLY WAR?**

Hugo González Murillo
Universidad Autónoma de Guadalajara, México.

Resumen: Este ensayo analizará las circunstancias socio-políticas y económicas en que el *Canadá* participó en la *Primera Guerra Mundial* (1914-1918). En contra de algunos argumentos historiográficos, aquí se defiende la tesis de que la memoria colectiva canadiense de la época que vio en este evento beligerante una causa místico-religiosa, carece de suficiente fundamento objetivo. Una breve comparación con otros eventos bélicos en el devenir histórico desarrollados en otros puntos geográficos ayudarán a demostrar tal aserto.

Palabras clave: Canadá, Primera Guerra Mundial, Guerra Santa

Abstract: This essay pretends to analyze the social, political and economical circumstances under which *Canada* participated in the *First World War* (1914-1918). Against some historiografic criteria, we support the thesis that the canadian mass mentality of the time, that saw in the emergence of this event a mystical and religious cause, is lack of evidence. A brief historical comparison with similar past events developed in diferrent geographical areas, will help demonstrate our thesis.

Key Words: Canada, First World War, Holy War

Fecha de recepción: 13/01/2016

Fecha de evaluación: 12/02/2017

Introducción

Dentro de nuestra cotidianidad es muy común encontrar términos lingüísticos que mediante la referencia metafórica, haciendo alusión a eventos, imágenes o símbolos, tienden a sugerir vínculos aparentes entre hechos históricos remotos y próximos; que en realidad presentan muy poca relación causal entre sí. Cuando se acude a este uso y procedimiento, la fuerza de la alegoría es capaz de distorsionar la objetividad histórica. Cuando utilizamos la palabra *Guerra*, es evidente que el término siempre se refiere, al margen de la temporalidad y el espacio, a la descripción de un estado de conflicto ya sea físico o psicológico, en donde existe una confrontación directa entre dos o más agentes. Cuando pasamos a utilizar en nuestros días un término como el de *Cruzada*, que tradicionalmente está ligado a las antiguas peregrinaciones armadas medievales realizadas por los cristianos en favor del rescate de los lugares santos de *Jerusalén*; se da en algunos casos una clara disfunción de contenido histórico.

En la actualidad, es común que el término *Cruzada* se utilice en más de un sentido, llamando la atención aquel que para los propósitos de este trabajo, tiende a dotar de sacralidad hechos que aunque violentos, fueron esencialmente seculares. En particular, este ensayo aborda y analiza la aplicación del concepto de *Cruzada* que se encuentra en algunos estudios que dan cuenta del papel que jugó el *Canadá* en la *Gran Guerra* europea. El término *Cruzada* o idea de *Guerra Santa* en dichos casos, fue usada durante y después de la *Primera Guerra Mundial* en el territorio canadiense como un principio explicativo que dotó de sentido al conflicto. Aunque dicha guerra despertó fuertes sentimientos religiosos en el *Canadá*, que indudablemente sirvieron para fomentar la cohesión psico-emocional entre los ciudadanos frente a la conflagración, este estudio pretende demostrar que los móviles reales del *Canadá* para justificar su entrada y permanencia en tal guerra tuvieron más bien una base sentimental-nacionalista, pragmática-materialista y política. Además, finalidad añadida de este ensayo será el recordar que lejos de ser *Santa*, la *Primera Guerra Mundial* ni siquiera llegó a preservar los principios fundamentales en que se sustenta la *Guerra Justa*.

Para este caso nos parece vital desarrollar un breve análisis relacionado con lo que fue el contexto que desató el conflicto en *Europa*, el involucramiento del *Canadá* y el posterior establecimiento de una *Guerra Total*; comparándolo con lo que en esencia fue la *Cruzada*

Hugo González Murillo
Canadá y la Primera Guerra Mundial: ¿Guerra Santa?

medieval para así distinguir las diferencias históricas y sociológicas. La relevancia al tratar el tema comparativamente responde al hecho de evitar incurrir en una interpretación histórica anacrónica y falsa a partir de un capcioso uso de los términos lingüísticos. Al utilizar deliberadamente el término *Cruzada* alejándolo de su contexto histórico original para venir a aplicarlo connotativamente en un evento propio del siglo XX, en donde las directrices ideológicas positivistas y materialistas son dominantes; es factible provocar una doble falsa interpretación histórica que sugeriría: 1) que las *Guerras Santas* o *Cruzadas* medievales tuvieron por móvil una causa meramente inmanentista, y 2) que los intereses que impulsaron y sostuvieron el desarrollo de la *Primera Guerra Mundial* fueron místico-religiosos.

Con el fin de sustentar lo mejor posible la tesis expuesta, este trabajo estará basado tanto en fuentes primarias como en secundarias. En cuanto a aquellas, consideramos que los poemas compilados por *John W. Garvin* y publicados en 1918, por ejemplo, reflejan varias cosas que fueron tomando forma en la conciencia colectiva canadiense durante la guerra: 1) su lealtad a *Inglaterra* que era acosada por la tiranía alemana; 2) la persistencia de una idea de grandeza histórica inglesa como un pueblo divinamente elegido, y 3) una noción espiritual romántica que al tiempo de aludir retrospectivamente a la remota era caballerescas, revelaba al mismo tiempo la emergencia de un interés materialista como móvil de parte de las potencias implicadas en el conflicto. Por su parte, los monumentos conmemorativos a que se hacen referencia, confirman principalmente el afán proteccionista y libertario colectivo canadiense; mientras que el diario *Brantford Expositor* aparece como una fuente que promueve la idea de una causa bélica con fundamentos teológicos. La obra *Historic Documents of World War I* es importante porque ahí se encuentra la idea del *Papa Benedicto XV* de que la *Gran Guerra* no fue santa; sino el resultado de un movimiento expansionista político-secular.

En cuanto a las fuentes secundarias, ellas ayudarán a entender el contexto histórico general europeo y canadiense en la época del conflicto, así como el del mundo medieval de las *Cruzadas*. Para ello se incluyen una serie de obras de autores europeos, canadienses y norteamericanos que fueron publicadas entre los años sesenta del siglo XX y los primeros del siglo XXI. Estos libros y revistas académicas introducen, además, testimonios de ex combatientes que resultan importantes para conocer, desde su propia perspectiva de actores en el combate, el pulso de la guerra. En este sentido, uno de los libros clave es sin duda *Canada and*

Hugo González Murillo
Canadá y la Primera Guerra Mundial: ¿Guerra Santa?

the First World War: Essays in Honour of Robert Craig Brown editado por David Mackenzie en el año 2005.¹ Este trabajo reúne una serie de ensayos especializados de autores que en algún momento fueron amigos, colegas o alumnos de *Brown*. De todos ellos, el que más firmemente expone una serie de planteamientos que interpretan el fenómeno de la guerra dentro de un orden teológico-apocalíptico cristiano es *Jonathan F. Vance* con su artículo titulado *Remembering Armageddon*. Finalmente, acudimos a otros autores bíblicos, teólogos y filósofos como *San Juan, Tomás de Aquino, Johann Wolfgang von Goethe, Max Scheler, Hans Küng, Alfredo Sáenz* o *Antonio Caponnetto*, respectivamente, para así poder comprender mejor ciertos conceptos que aparecen de continuo vinculados a ciertas reflexiones o conclusiones históricas.

En un intento por ser lo mayormente ordenados metodológicamente con respecto a los períodos históricos que se comentan aquí, se abordará primero lo referente a los hechos en *Europa y Canadá* en el siglo XX. Después pasaremos al estudio de la época medieval analizando tanto el aspecto histórico y sociológico para con ello determinar si las causas que impulsaron las *Cruzadas* y las que provocaron y se mantuvieron durante la *Primera Guerra Mundial* fueron semejantes.

Imperios en Pugna

Al inicio del siglo XX, de entre todas las potencias europeas era la *Gran Bretaña* la que entonces se imponía de forma hegemónica en el mundo. El imperio británico, para el año 1914, dominaba un cuarto de los territorios del mundo, seguido por el imperio francés, y después el alemán. Estos imperios habían alcanzado su posición dominante gracias a importantes avances dentro del ámbito económico, político, administrativo, tecnológico y cultural. A partir de la segunda mitad del siglo XIX, el estatus de una nación aspirante al poder se definía en base al tamaño y calidad de su fuerza armada y marina; según la capacidad productiva de su economía; y a partir de su habilidad para movilizar todos sus recursos a largas distancias.

Gran Bretaña y Francia habían logrado alcanzar el nivel de grandes potencias antes de que *Alemania* consolidara su unificación en 1871, convirtiéndose, desde entonces, en una

¹ Robert Craig Brown ha sido uno de los principales académicos norteamericanos (residentes en Canadá) que más ha estudiado la historia del Canadá en el contexto de la Primera Guerra Mundial.

Hugo González Murillo Canadá y la Primera Guerra Mundial: ¿Guerra Santa?

preocupación para otras naciones dentro del orden político y económico de la *Europa* central. La unificación alemana vino a alterar no sólo el equilibrio militar y económico en *Europa*,² sino todo el orden geográfico del mundo. Entre 1884 y 1889, *Alemania* incrementó sus posesiones territoriales en el *África*, *Asia* y el *Pacífico*.

Al igual que otras potencias europeas antes que ella, *Alemania* inició la construcción de una gran flota con la finalidad de proteger sus posesiones continentales. El imperio británico vio en esta nueva flota emergente una potencial amenaza para su seguridad y poder mundial. Para contrarrestar dicha amenaza, los británicos no sólo siguieron invirtiendo en sus fuerzas marítimas, sino que formaron alianzas con sus antiguos rivales europeos: *Francia* y *Rusia*. De forma un tanto análoga, *Alemania* consideró que dichas alianzas no perseguían otro fin que el de orquestar la destrucción de su nuevo imperio. En este contexto, una nueva carrera por la hegemonía había iniciado. *Gran Bretaña* quería preservar su poder mundial mientras que los alemanes deseaban alcanzar el poder que los británicos tenían.

En el verano de 1914, cuando las relaciones diplomáticas en todo el continente europeo se encontraban en una situación por demás endeble, el archiduque *Francisco Fernando*, heredero del emperador *Francisco José I* de *Austria* a la corona, fue asesinado por un nacionalista serbio radical en *Sarajevo*. Después del fatídico suceso, la diplomacia de las grandes potencias falló al tratar de controlar la crisis política,³ y los austriacos, después de que sus demandas fueran rechazadas por *Serbia*, le declararon la guerra el 28 de julio. Una serie de antiguas alianzas y acuerdos políticos fueron puestos en acción y la situación rápidamente llegó a desembocar en un conflicto bélico global de grandes proporciones. *Rusia*, asistiendo a *Serbia*, movilizó sus fuerzas armadas en contra de *Austria-Hungría*, y *Alemania*, siendo aliada de esta, declaró la guerra a *Rusia* y su aliada *Francia*. Estos hechos obligaron a *Alemania* a enviar sus fuerzas armadas a través de *Bélgica* para alcanzar objetivos franceses. *Gran Bretaña* ordenó a *Alemania* su retiro incondicional de *Bélgica*. Cuando los germanos se negaron, los británicos declararon la guerra al imperio *Alemán*.

² Jeffrey Fear, "German Capitalism", Thomas K. McCraw (Editor), *Creating Modern Capitalism: How Entrepreneurs, Companies, and Countries triumphed in Three Industrial Revolutions*, Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 2000, p.137.

³ Norman Rich, *Great Power Diplomacy 1814-1914*, Boston, Mass.: McGraw Hill, 1992, p. XIX.

Hugo González Murillo Canadá y la Primera Guerra Mundial: ¿Guerra Santa?

Canadá, siendo entonces un dominio federal con gobierno autónomo con respecto al imperio británico desde 1867, supo acerca del estallido de la guerra europea a principios de agosto a través de un llamado de asistencia. Un mes después, una fuerza de más de 31 000 soldados canadienses salieron rumbo a *Europa* con el fin de defender a *Gran Bretaña* y a sus aliados. Los anglo-canadienses y otras minorías étnicas del *Canadá* ofrecieron sus servicios a la causa bélica, pero se dio, para ello, preferencia a sujetos de origen británico que iban de los dieciocho a los cuarenta y cinco años de edad. El gobierno canadiense inicialmente rechazó la participación a japoneses, chinos, africanos e indígenas que habitaban el territorio argumentando que aquella era una guerra entre blancos.⁴ En el fondo, el deseo por parte de las minorías por participar en favor de la causa británico-canadiense, se encontraba ligado a la búsqueda de igualdad de derechos civiles en el *Canadá*. Mientras que las minorías vieron en el estallido de la guerra una oportunidad para ganar reconocimiento extensivo a todas sus comunidades, muchos anglo-canadienses que se alistaron vieron la *Gran Guerra* no sólo como el resultado de la aplicación de una vía legítima de defensa de parte de su antigua madre patria; sino como una opción de escape al “severo desempleo”⁵ que castigaba a su nación producto de una aguda depresión -palpable desde 1913-, que había llevado a la industria a operar a menos del cincuenta por ciento de su capacidad.⁶ En parte porque la guerra llegó inesperadamente, la convocatoria del primer regimiento, su entrenamiento y el abastecimiento de equipo fue desorganizado, deficiente e insuficiente.

Canadá justifica sus móviles

En base a algunos poemas escritos durante la guerra por autores residentes u originarios del *Canadá*, se puede argumentar que los motivos principales que empujaron a los ciudadanos de dicho país a abrazar la causa de la guerra en un primer momento estuvieron impregnados por el sentimentalismo, el nacionalismo y el pragmatismo. A su vez, estas formas literarias reflejan el gradual despertar de un fuerte sentido místico espiritual que se mezcló con otros elementos emocionales. El poema, *La Respuesta del Canadá*, escrito por *Elsbeth Honeyman*, es un ejemplo

⁴James W. St. G. Walker, “Race and Recruitment in World War I: Enlistment of Visible Minorities in the Canadian Expeditionary Force”, *Canadian Historical Review* 70, no 1, (1989), p. 258.

⁵Ibíd. p. 259.

⁶Robert Craig Brown & Donald Loveridge, “Unrequited Faith: Recruiting the CEF 1914-1918,” *Revue internationale d'histoire militaire*, 51, (1982), p. 55.

Hugo González Murillo Canadá y la Primera Guerra Mundial: ¿Guerra Santa?

del alto espíritu de lealtad canadiense hacia la corona británica, dispuesto a hacer suya, dice *Honeyman*, “la necesidad del imperio.”⁷ La virtud de lealtad hacia la “madre oprimida” también se hace presente en el canto poético de *Gertrud Bartlett*, para quien “O Inglaterra” era “¡la tierra escogida...de Dios!”;⁸ una tierra que se había convertido en una “nación fuerte, grande y sabia”⁹ que estaba siendo acosada por el *Káiser* alemán: hombre para el cual, según *W. A. Fraser*, no habría “gloria sino tinieblas eternas... junto al leproso... junto al turco”.¹⁰

Siendo los poetas importantes intérpretes de la vida, cuya función práctica es revelar lo infinito y verdadero en términos de belleza y pasión, tal y como lo advierte *John W. Garvin*,¹¹ las ambiciones materiales por parte de los británicos y sus aliados, ligadas a la *Gran Guerra*, también fueron puestas sutilmente al descubierto por el poeta canadiense *Robert Norwood* en su obra *Canto de Batallas*:

¡No harás esto de nuevo!

¿Qué cosa?

Equivocarte al poseer en exceso:

Grandes palacios y salones principescos,

Jardines de Babilonia que cuelgan alto en muchas colinas voladas,

Creadas a costa de esclavos muertos por miles; que alguna reina pueda

Contemplar con fijeza mientras se aleja en éxtasis de su Señor...

Comandos de barcos de batalla y legiones armadas por enemigos,

Emergen debido al ¡Oro! ¡Oro! ¡Oro!...

Te digo que el oro es la causa de la guerra,

Esa guerra es el precio que pagamos nosotros por el oro,

*¡Oro por el que entregamos a Dios!...*¹²

⁷ Elspeth Honeyman, “Canada’s Answer”, John W. Garvin, *Canadian Poems of the Great War*, Toronto: McClelland & Stewart Publishers, 1918, p. 91.

⁸ Gertrude Bartlett, “The Blessed Dead”, *Ibid.* p. 17.

⁹ John W. Garvin, “National Anthem”, *Ibid.* p. 68.

¹⁰ W. A. Fraser, “The Day”, *Ibid.* p. 62.

¹¹ Garvin, *op. cit.*, p. 3.

¹² Robert Norwood, “A Song for Battles”, *Ibid.* pp. 167-168.

Hugo González Murillo Canadá y la Primera Guerra Mundial: ¿Guerra Santa?

Dentro de una perspectiva más romántica, los memoriales canadienses de la *Primera Guerra Mundial*, contruidos “en recuerdo de aquellos que pagaron el sacrificio supremo”¹³ revelan que en la memoria colectiva canadiense de posguerra, la justificación para esos sacrificios fue primordialmente la búsqueda de la “libertad”¹⁴ y la protección al “rey y al país.”¹⁵ Esta perspectiva subraya el elemento principal sobre el cual el *Canadá* británico, de mayoría cristiana protestante, que contribuyó con el mayor número de hombres a la causa bélica, definió su identidad nacional: el imperio británico como constructor de una tradición monárquica profundamente liberal. La monarquía, en este caso, es la forma política de gobierno que de alguna forma establece un vínculo entre la época del medioevo y el mundo contemporáneo. El recuerdo de figuras e imágenes remotas tales como las del caballero medieval y los santos, que de paso recuerdan la antigua fusión de los poderes religioso y secular, se mezclan fuertemente con el misticismo cristiano en el corazón de los soldados y ciudadanos canadienses en el tiempo de la conflagración. Esto se puede observar en el poema de *William Douw Lighthall, The Galahads*:

*En la tarde de verano sobre la naturaleza se desplazó cautelosa,
Una sombra maligna, y el viento se paralizó...
Asechó cerca de aquella sombra el crimen prusiano.
La gran estrella Lucifer había caído del cielo...
¡Libertad y honor! ¡Verdad y caballería!
San Jorge, ¡defiende las promesas hasta la muerte!
San Jorge, ¡defiende al débil y salva al mundo!
Y todos los verdaderos hijos de Bretaña sintieron en las venas,
Vivir al menos como viejos caballeros británicos.*¹⁶

Para algunos poetas anglo-canadienses el mal estaba ahí, simbolizado por los alemanes, principalmente por el *Káiser*. El bueno, el noble, los elegidos eran los británicos. Ellos tenían a su santo patrono que con su espada iba a destruir a los hijos de *Lucifer*. El honor y la libertad

¹³ Flanders Cross Memorial, London, Ontario, July 1930.

¹⁴ Memorial Organ, St. Paul's Anglican Church, London, Ontario; Middlesex Memorial Tower, University of Western Ontario, London, Ontario, 1923.

¹⁵ 33rd Battalion Memorial, St. Paul's Anglican Church, London, Ontario.

¹⁶ William Douw Lighthall, “The Galahads”, Garvin, op. cit., p.102.

Hugo González Murillo Canadá y la Primera Guerra Mundial: ¿Guerra Santa?

estaban amenazados. La caballería inglesa, como en los tiempos medievales, era la salvadora. Salvando el honor y rescatando la libertad, la verdad estaba a salvo, y la verdad estaba en *Inglaterra* porque ella era la tierra de *Dios*.

En este poema de *William Douw Lighthall*, la jerarquía de valores está claramente mezclada. La idea de lo sacro y de verdad, como los más altos valores místicos trascendentales, comparten jerarquía con el honor y la libertad política, que son en realidad, valores enraizados en un marco más humano, contingente e inmanente. Siguiendo la reflexión de *Johann Wolfgang von Goethe* acerca de la verdad, desentrañamos la amplia y verdadera dimensión de esta: “Todas las leyes morales y reglas de conducta pueden reducirse a una sola: la verdad.” Y la verdad, según *Tomás de Aquino*, es el descubrimiento y patentización de la realidad, tanto natural como sobrenatural.¹⁷ En conexión con esto último sólo cabría agregar que la verdad encuentra su máxima expresión en *Dios*, según lo muestra la *Sagrada Escritura*.¹⁸ Lo heroico, por su cuenta, es en esencia, a decir de *Antonio Caponnetto* “la consagración a la vida noble”;¹⁹ y si bien lo heroico busca por añadidura la perseverancia, la seguridad, la impetuosidad, la pujanza, la plenitud, la justicia, la disciplina y otros valores vitales; no garantiza el acercamiento a la verdad ni la identificación con *Dios*.

Los británicos, en visión de la memoria colectiva canadiense, representaban en sí mismos los máximos valores místicos y seculares que necesitaban ser protegidos del mal; de *Alemania*: “ése es nuestro distintivo”, “ésta es nuestra cruzada”, afirmaba la poetisa *Isabel Ecclestone Mackay*.²⁰ Pero así como el contenido místico se reveló como aparente causa de la *Gran Guerra* en las mentes de un buen número de patriotas anglo-canadienses; el término *Cruzada* también fue dotado de un referente meramente terreno y pragmático, ya que para otros canadienses su lucha fue sin más para “traer a casa a aquellos cuyos hogares se encuentran lejanos.”²¹

¹⁷ Goethe a Müller, 28 de marzo de 1819, Josef Pieper, *Las Virtudes Fundamentales*, Madrid: Rialp, 2001, p. 40.

¹⁸ Juan 14, 6.

¹⁹ Antonio Caponnetto, *Los Arquetipos y la Historia*, Guadalajara, Jalisco, México: Folia Universitaria, Universidad Autónoma de Guadalajara, 2003, p. 159.

²⁰ Isabel Ecclestone Mackay, “Our Day”, Garvin, op. cit., pp. 135-136.

²¹ *Ibidem*.

Canadá no logra sus objetivos políticos

Aunque muchos ciudadanos canadienses fueron conscientes de la posibilidad de la guerra antes del estallido oficial debido al sistema de alianzas europeas y al “incremento de la agria rivalidad entre los imperios alemán y británico”;²² no todos la apoyaron ni compartieron los objetivos que la justificaban. La opinión franco-canadiense se opuso terminantemente a ella por considerarla una guerra que perseguía intereses meramente británicos. Dentro de la misma comunidad anglo-canadiense existió división entre los de tendencia imperialista, nacionalista y pacifista. El estallido de la *Primera Guerra Mundial* propició una división interna en el *Canadá* que se hizo difícil de erradicar. Sin embargo, aun dentro de la complejidad de la situación social, las causas políticas y pragmáticas fueron tan claras para el primer ministro canadiense, que este, debido a ellas, decidió permanecer dentro del conflicto.

Para el primer ministro canadiense *Sir Robert Borden*, la expectativa nacional estaba ligada a una victoria militar por parte del bloque británico. Pensó que los intereses canadienses y los imperialistas británicos debían coincidir, pero sin que por ello su país tuviera que renunciar a formular y llevar a cabo los suyos propios dentro de las circunstancias dadas; incluso si eso significaba entrar en conflicto con los intereses británicos. *Borden* insistió ante la corona británica, después de que quedaba claro que el conflicto en *Europa* se alargaría, que al *Canadá* debía reconocérsele un mayor estatus internacional dentro de la *Liga de Naciones* debiendo ser un país incluido entre los firmantes de los *Tratados de Versalles* al término de la guerra; si es que el conflicto se decidía favorablemente. Ningún rasgo imperante de heroísmo, romanticismo, misticismo o religiosidad puede ser encontrado en este punto como móvil causal para continuar dentro del conflicto bélico por parte de la cúpula política que encabezaba el primer ministro canadiense. Entre el pasado legendario inglés, al cual *Borden* se sentía fuertemente atraído,²³ y los beneficios políticos para el *Canadá*, el primer ministro elegiría lo segundo. Al final, los esfuerzos y logros del *Canadá* dentro del desarrollo de la guerra fueron vistos con modestia y ella no fue invitada a la mesa de negociaciones que llevaron al armisticio el 11 de noviembre de

²² Terry Copp, “The Military Effort, 1914-1918”, David Mackenzie (Editor), *Canada and the First World War: Essays in Honor of Robert Craig Brown*, Toronto, Ontario: University of Toronto Press, 2005, pp. 35-36.

²³ John English, “Political Leadership in the First World War”, *Ibid.* p. 78.

Hugo González Murillo
Canadá y la Primera Guerra Mundial: ¿Guerra Santa?

1918. Según la historiadora *Margaret MacMillan*, ninguno de los dominios, “ni siquiera el Canadá, tenía los recursos diplomáticos para sostener un rol importante en los asuntos internacionales”.²⁴

60,000 bajas canadienses durante la guerra y 140,000 heridos no habían sido suficientes para que *Borden* lograra generar un nuevo nivel de reconocimiento político internacional para su país; pero sí para hacer surgir entre el pueblo anglo-canadiense un nuevo despertar de sentimientos místico-espirituales. Nunca en su corta historia como nación, los canadienses habían sacrificado semejante número de ciudadanos, y en ese sentido, las creencias religiosas cristianas demostraron ser una buena fuente de alivio ante la pérdida humana. Mezclado con un fuerte romanticismo, esas creencias religiosas dieron a los canadienses la certidumbre de que sus esfuerzos, pérdidas y sacrificios habían ayudado a salvar, con la ayuda divina, no sólo al viejo imperio británico y a sus aliados; sino a toda la civilización occidental cristiana. Incluso una vez consumado el conflicto, en los corazones de muchos canadienses en tiempos de posguerra, siguió durante mucho tiempo generándose el sentimiento mesiánico de que los móviles de la conflagración no sólo habían sido justos sino primordialmente sacros.²⁵

Guerra Total

La *Guerra Justa* en realidad ya no existía en *Europa* desde principios del mes de abril de 1917 cuando, al tiempo que los *Estados Unidos* se involucraban directamente en la guerra en contra de los países centrales, el primer ministro británico rechazó una propuesta de paz por parte de los alemanes. Una ilimitada ofensiva submarina por parte de *Alemania* fue lanzada como medida para lograr que los británicos desistieran de su bloqueo económico. En este sentido, tanto el bloqueo comercial como los ataques submarinos fueron medidas que afectaron innumerables vidas humanas inocentes, convirtiendo el conflicto en una *Guerra Total*. Sin embargo, es justo aclarar que fueron los alemanes quienes, desde antes de 1917, al parecer, incitaron a tal guerra al implementar primero sus ataques submarinos; mismos que dieron a *Inglaterra* la excusa perfecta para iniciar una guerra económica. Desde febrero de 1915, los alemanes habían advertido que hundirían cada nave enemiga que se encontrase navegando en

²⁴ Margaret MacMillan “Canada and the Peace Settlements”, *Ibíd.* p. 401.

²⁵ Jonathan Vance, “Remembering Armageddon”, *Ibíd.* p. 414-415.

Hugo González Murillo
Canadá y la Primera Guerra Mundial: ¿Guerra Santa?

torno a las islas británicas y así lo hicieron. En agosto, un submarino alemán hundió un trasatlántico británico: el *Arábigo*. El inconveniente acerca de los submarinos alemanes era que si emprendían un ataque en la superficie no podían rescatar sobrevivientes.

Por otro lado, los británicos convirtieron todo el *Mar del Norte* en una zona de guerra en la cual prescribieron ciertas rutas pacíficas para embarcaciones neutrales que habían estado viajando con escoltas británicas. Como medida extra, debido a la guerra submarina supuestamente iniciada por los alemanes, los ingleses declararon que toda mercancía con destino a *Alemania*, incluyendo comida y materia prima de primera necesidad, fuese embargada. A final de cuentas, lo cierto es que ninguno de los dos países estaba haciendo distinciones entre dañar soldados o civiles. Históricamente, estando la *Guerra Justa* basada en un principio ético desarrollado durante la *Edad Media*, su preocupación principal había sido el restaurar lo más pronto posible el estado de paz a través de la justicia; evitando el aniquilamiento del inocente. La muerte indirecta de inocentes y agentes neutrales había sido tolerada en la *Edad Media* únicamente de acuerdo al principio de doble efecto en donde tal baja había sido inevitable e involuntaria.

Pero además de la agudización del conflicto en sí mismo, para 1917, las circunstancias particulares de algunos países involucrados cambiaron considerablemente; ya fuera de forma pasajera o permanente. *Rusia*, aliada de los británicos, se encontraba enfrentando la amenaza de una revolución interna, mientras que la armada francesa, por su parte, se había amotinado al tiempo que los submarinos alemanes intimidaban a *Gran Bretaña*.²⁶ Bajo dichas circunstancias, *Inglaterra* necesitaba ayuda, y la opción más viable era obtenerla de los países que habían sido parte de sus dominios. El primer ministro británico *David Lloyd George* ofreció a las autoridades de dichos dominios mayor inclusión para discutir el futuro de la guerra. Esta era una estrategia justa del dar y recibir que *Borden* vio como una oportunidad para lanzar su iniciativa de formar un nuevo gabinete consultivo imperial de guerra.

Pero resultó que desde principios de 1917, el gobierno canadiense empezó a temer el hecho de tal vez no poder cumplir con ciertos compromisos adquiridos. Para dicha fecha muchos

²⁶ Desmond Morton, *A Short History of Canada*, Toronto, Ontario: McClelland & Stewart, 2001, p. 184.

Hugo González Murillo Canadá y la Primera Guerra Mundial: ¿Guerra Santa?

soldados canadienses se encontraban incapacitados para volver a las filas de combate, y otros simplemente se negaron a seguir involucrados en un conflicto que se había prolongado más allá de las expectativas iniciales. Para poder garantizar la ayuda solicitada por *Gran Bretaña*, el gobierno de *Canadá* introdujo en mayo del mismo año una ley que hacía obligatorio el reclutamiento. Las protestas de muchos canadienses ante tal medida no se hicieron esperar. La joven nación estaba envuelta en una *Guerra Total* en donde el progreso de la tecnología armamentista, después de más de cien años de adelanto industrial en occidente mostraba su más cruda capacidad de destructividad masiva. Había llegado el momento en que la guerra había alcanzado un nivel global incluyendo las áreas marítimas, aéreas y terrestres; utilizando todo tipo de artillería, armas automáticas y químicas. Al mismo tiempo, lejos del frente armado, se desplegaba una guerra psicológica a merced de una gran propaganda en los medios de comunicación.

La Mascarada Teológica

La lucha del bien contra el mal, en este caso, el liberalismo democrático inglés en contra de la barbarie alemana, parecía una justificación suficiente que no pocos canadienses aceptaron para permanecer hasta el final en la contienda. Mientras más combatían más arraigaba y arraigó en su espíritu un romanticismo místico-religioso. Probablemente, como resultado de la propaganda dirigida por el gobierno para mantener en alto el ánimo de los canadienses en los años de posguerra, el diario *Brantford Expositor* recordó a sus lectores que los hombres del imperio envueltos bajo el glorioso estandarte de *Dios* habían luchado por la más honesta *Cruzada* en la historia de la especie humana. En realidad, durante los años de posguerra en el *Canadá* surgió una interpretación mística de los hechos incluso más aguda a comparación de años previos. En este contexto muchos ciudadanos canadienses llegaron a comparar el sacrificio padecido por sus soldados con aquel del mismo *Jesucristo*. Aludiendo a comparaciones alegóricas “la guerra había sido la agonía del Canadá en la cruz; emergiendo, en noviembre de 1918, la nación había alcanzado la Mañana de Resurrección”.²⁷

²⁷ *Brantford Expositor*, 20 May 1933. Vance, op. cit., pp. 416- 419.

Hugo González Murillo
Canadá y la Primera Guerra Mundial: ¿Guerra Santa?

Para romper este misticismo de posguerra que se desarrolló en casa, aparecieron los testimonios de algunos protagonistas que participaron directamente en la guerra y que introdujeron el elemento práctico e inmanente de la contienda. En 1924, uno de ellos fue el del comandante *Sir Arthur William Currie*, quien insistió en que “la guerra fue simplemente el curso de la carnicería... No hubo ninguna gloria en ella.” Al año siguiente, *Sir Archibald Cameron MacDonell*, antiguo comandante de división, manifestó una opinión que contradecía el espíritu de posguerra dominante en el *Canadá*. Para *MacDonell* “la guerra moderna había perdido aquel glamour que en centurias pasadas había estimulado la imaginación de la gente.”²⁸ Partiendo del punto de vista de *Currie*, la visión de *MacDonell* podía ser parcialmente acertada, pero según hemos visto por vía de otros testimonios, el glamour que estimulaba la imaginación con fuertes tintes místico-religiosos era evidente aunque se mezclase con causas y contenidos seculares. En la conciencia colectiva canadiense existió una imagería de santidad, de cruzados y de caballeros armados que inducían a ver en la *Gran Guerra* la llegada de la *Parusía* como el último escenario histórico teologal de redención por vía de la victoria armada en favor de los aliados. ¿Habían alcanzado los canadienses la apocalíptica *Nueva Jerusalén* anunciada por el apóstol *San Juan* al final de los tiempos? ¿Habían ellos conquistado todos los males del mundo a través de la guerra por haber sido ella un acto puro de expiación en la fidelidad a *Jesucristo*?

Aunque algunos pastores cristianos y sacerdotes católicos canadienses apoyaron el conflicto armado, el *Papa Benedicto XV*, cabeza de la *Iglesia Católica Romana*, pasó todo su pontificado, mientras duró la *Gran Guerra*, promoviendo la paz. Habiendo sido electo pontífice poco después del estallido del conflicto mundial, el *Papa* mandó representantes a cada país involucrado para buscar promover un acuerdo pacífico. Para él, la *Gran Guerra* estuvo lejos de ser una *Cruzada* o *Guerra Santa*; era, por el contrario “una terrible guerra desatada sobre Europa... Una calamidad”²⁹ en donde reclamos territoriales y políticos habían estado en juego apoyados por el recurso de las armas. Aclaremos sin embargo que *S. S. Benedicto XV*, siguiendo la larga tradición de la *Iglesia Católica* con respecto a la guerra, según dice *Antonio Caponnetto* “distinguió entre los horrores de la contienda, la convivencia de una verdadera paz y la doctrina

²⁸ *Ibíd.* p. 428.

²⁹ Benedict XV, “Peace Proposal”, August 1, 1917, Louis L. Snyder, *Historic Documents of the World War I*, Westport, Connecticut: Greenwood Press, 1958, p. 159.

Hugo González Murillo Canadá y la Primera Guerra Mundial: ¿Guerra Santa?

moral tradicional que justifica determinadas luchas.”³⁰ Vale la pena recordar que la *Iglesia Católica*, dentro del contexto de su larga tradición, nunca ha sido impulsora de un mero pacifismo pragmático que busca la paz a cualquier precio olvidándose de restablecer los más altos ideales y legítimos derechos. Baste como ejemplo citar los nombres del *Papa Pío IX* o *Juan Pablo II* para encontrar una línea consistente en el tiempo que justifica algunas guerras bajo ciertas circunstancias.³¹ Además, la iglesia ha reconocido a lo largo de la historia “que la profesión militar, si se ejerce de acuerdo a la justicia, es legítima y aun santificante.”³²

La propuesta de paz de *Benedicto XV* se basó en la búsqueda de una “justa y duradera paz... fincada en la fuerza moral de la ley”³³ para reducir los armamentos, garantizar la libertad en los mares y resolver futuras crisis dentro del marco del consenso internacional. En agosto 15 de 1917, el *Vaticano* envió una nota al gobierno de los *Estados Unidos* a través del cardenal *James Gibbons*, cabeza de la *Iglesia* norteamericana; en la cual el *Papa* increpaba a la búsqueda de la paz. Extrañamente, en medio de lo que parece haber sido un ambiente politizado y permeado por otros intereses, en agosto 27, el presidente norteamericano *Woodrow Wilson*, con el explícito apoyo de *Gibbons*, rechazó formalmente la propuesta del pontífice.

La Verdadera Guerra Santa

En el sentido estricto del término, aun considerando los sentimientos místico-románticos del pueblo canadiense con respecto a la conflagración ¿Qué clase de móviles religiosos tuvo en realidad la *Gran Guerra* que *Benedicto XV* haya pasado por alto como para considerarla *Santa*? Según lo expuesto la *Primera Guerra Mundial* no tuvo elementos causales que la pudiesen asemejar claramente a las *Cruzadas* medievales. En estas últimas, en donde el propósito principal fue la defensa de la fe cristiana frente a la amenaza musulmana, el mismo pontífice cristiano tuvo un lugar protagónico. Aunque en opinión de la historiadora *Regine Pernoud* “Cruzada es un término moderno” ya que “la gente de aquel tiempo habló del camino a

³⁰ Antonio Caponnetto, *El Deber Cristiano de la Lucha*, Guadalajara, Jalisco, México: Folia Universitaria, Universidad Autónoma de Guadalajara, 2001, p. 321.

³¹ *Ibíd.* pp. 321-324.

³² Alfredo Sáenz S. J., *La Cristiandad y su Cosmovisión*, Guadalajara, Jalisco, México: APC, 2003, p. 213.

³³ *Benedict XV*, op. cit., pp. 159-160.

Hugo González Murillo Canadá y la Primera Guerra Mundial: ¿Guerra Santa?

Jerusalén, el viaje, el peregrinaje”;³⁴ como bien dice *Hans Küng* “una Cruzada es en su esencia una guerra santa bajo el signo –recordemos a Constantino- de la cruz victoriosa.”³⁵ Un aspecto fundamental a tomar en cuenta es que la sociedad medieval cristiana era una comunidad inclinada ostensiblemente hacia la vivencia de las virtudes teologales. La fe surgía como aquel elemento que dotaba de total sentido trascendente a la vida desde lo más profundo del corazón de los hombres; y los peregrinajes a *Jerusalén*, esto es, a *Tierra Santa*, fueron una de las manifestaciones de aquella ardiente fe. Existía un deseo profundo y constante por parte de los cristianos por encontrarse, ver, tocar, ir y posarse, en cuerpo y alma, en el lugar justo en donde *Jesucristo*, y después de él, los primeros santos habían vivido.

Después de la muerte de *Mahoma* se pretendió que la religión islámica extendiera su dominio, y en los siguientes cien años, su expansión llegó a cubrir las áreas geográficas de lo que hoy se conoce como *Palestina*, *Siria*, *Egipto*, el norte de *África* y el sur de *España*. En aquel proceso de conquista, los musulmanes aniquilaron a las comunidades cristianas de *Siria*, *Egipto* y norte de *África*. Ciudades de aquel tiempo como *Alejandría*, *Hipona*, *Antioquia* y *Jerusalén* fueron parcial o completamente destruidas. La afrenta más importante no fue que la pérdida de aquellas ciudades representase una merma económica para los cristianos, sino una intelectual y espiritual. Después de un periodo de relativa paz el califa *Huséin al-Hakim Bi-Amrillah*, hacia el año 1009, sin razón aparente, ordenó la destrucción del *Santo Sepulcro* y de iglesias; además del aniquilamiento de cristianos y judíos. Tiempo después los *Seldjuks* turcos, quienes habían adoptado la religión islámica, impusieron su autoridad sobre el califato de *Bagdad* e iniciaron una *Guerra Santa* en contra de los cristianos tomando el control de *Jerusalén* en 1076.

A todo lo largo del siglo XI los peregrinajes de cristianos a *Tierra Santa* fueron llevados a cabo con gran riesgo. Los cristianos podían ser hechos prisioneros, torturados o violados en su camino a *Jerusalén* por parte de los musulmanes, y de hecho, repetidas veces “muchos jóvenes cristianos fueron forzados a renegar de su fe bajo amenaza de golpes y flagelación.”³⁶ Bajo circunstancias cada vez más adversas, desde el año 1000 pontífices cristianos como *Silvestre II*,

³⁴ Regine Pernoud, *The Crusades*, New York: G.P. Putnam's Sons, 1963, p. 13.

³⁵ Hans Küng, *El Cristianismo*, Madrid: Editorial Trotta, 2004, pp. 407-408.

³⁶ Pernoud, op. cit., p. 16.

Hugo González Murillo
Canadá y la Primera Guerra Mundial: ¿Guerra Santa?

Sergio IV y *Gregorio VII* habían hecho un llamado a los cristianos a hacer frente al *Islam*; pero ninguno de ellos había logrado desarrollar un plan bien organizado para erradicarlo de los lugares santos. Además, junto con las circunstancias antes descritas, existía la misma amenaza latente sobre *Bizancio*. El papado se sintió entonces obligado a defender dicha ciudad que había quedado desprotegida desde 1071, cuando el emperador romano *Diógenes* había sido hecho prisionero.

Bajo el punto de vista materialista, para algunos jóvenes cristianos de adineradas familias, existió la tentación de ir a la reconquista de los santos lugares para tomar posesión de la abundante riqueza que ahí se había generado. Incluso, un claro antecedente de interés pragmático puede ser observado si se toma en cuenta que el mismo *Papa Urbano II* prometió que aquellos que murieran a manos de los paganos les serían perdonados sus pecados; se les cancelarían sus deudas; se les respetarían sus propiedades y se protegería a sus familias.³⁷ Sin embargo, se debe aclarar, como bien señala el historiador francés *Daniel Rops*, que sería injusto suponer que aquellas fueron las causas determinantes. Las *Cruzadas* fueron un hecho místico en pleno sentido: una expresión heroica de fe que solamente encontraba sosiego en el sacrificio como una respuesta al llamado de *Dios*.³⁸

Después de una larga meditación, viendo que el *Sagrado Sepulcro* de *Jesucristo* había sido profanado y permanecía virtualmente inaccesible a los cristianos debido a la hostilidad islámica, el 18 de noviembre del año 1095, el pontífice *Urbano II*, en el *Concilio de Clermound*, llamó a los cristianos a negarse a sí mismos exhortándolos a tomar el camino de la cruz para ir y rescatar el *Santo Sepulcro*. Así, bajo la mentalidad de la época, se abrió la oportunidad de alcanzar, mediante el sacrificio de la propia vida entregada por la fe, la paz en la vida eterna. El llamado del *Papa* fue inmediatamente atendido y la comunidad cristiana europea se alistó. Los hombres cosieron cruces en sus ropajes y se las tatuaron en sus hombros. Todas las clases sociales, de todas las edades se enrolaron: barones de casa noble, artesanos, campesinos, comerciantes, vagabundos, niños, ancianos y mujeres. Pronto el contagio llegó a la zona de *Flandes*, de *Escandinavia*, de *Italia* y de *Inglaterra*. El hervor por rescatar los santos lugares

³⁷ Fulcher of Chartres, "chronicle", *Ibid.* p. 24.

³⁸ Daniel Rops, *Cathedral and Crusade*, London: J.M. Dent & Sons Ltd., 1963, p. 436.

Hugo González Murillo Canadá y la Primera Guerra Mundial: ¿Guerra Santa?

encendería los ánimos cristianos que alimentarían una guerra realmente santa que duraría por cientos de años.

Guerreros y Mártires

Desde personas humildes desarmadas contando niños, monjes y minusválidos, hasta gente noble, como ya se apuntó, las cruzadas tuvieron muchos protagonistas activos. Pero de entre todos, el personaje emblemático por excelencia fue el honorable y altamente entrenado caballero. A éste guerrero medieval no debe identificársele con el soldado típico del siglo XX, que no es más que un alto empleado al servicio de un *Estado* en cuyos institutos castrenses impera el positivismo, el reglamentismo y la figuración social totalmente al margen de cualquier obligación con *Dios*.³⁹

El caballero medieval representaba la excelencia, esto es, la más refinada y acabada expresión del guerrero cristiano. En este combatiente se amalgamaba la mezcla del monje y del miliciano, cuyo principal objetivo fue defender la fe cristiana y a su iglesia, y por añadidura, al débil y al pobre. La búsqueda del glamour y el heroísmo romantizado nunca fue una finalidad del caballero, sino el misticismo y la defensa de la fe procurando una vida virtuosa según el juramento basado en las enseñanzas de *San Bernardo de Claraval*.⁴⁰ Pobreza, castidad y obediencia eran las virtudes claves que el caballero debía poner en práctica primero, porque antes del batallar físico exterior estaba la lucha psíquica interior en contra de las pasiones desordenadas y la tentación de la carne. Sólo después de ejercer sobre sí el autodomínio el caballero podría enfrentar la lucha global. Si bien entre los guerreros cruzados existieron aquellos que no estuvieron a la altura de su deber y compromiso, debemos aclarar que estos no fueron la regla sino la excepción. Como bien apunta *Caponnetto*, en las *Cruzadas* hubo no pocos aventureros y forajidos cuyas tropelías causaron perplejidad e indignación entre la misma jerarquía eclesiástica abocada entonces a la custodia de las víctimas; pero dichas patologías nunca fueron convalidadas por la iglesia.⁴¹

³⁹ Caponnetto, op. cit., p. 329.

⁴⁰ L'abbe Ratisbonne, *The Life and Times of St. Bernard*, New York: D. & J. Sadlier & Co., 1885, p. 145.

⁴¹ Caponnetto, op. cit., p. 245.

Hugo González Murillo
Canadá y la Primera Guerra Mundial: ¿Guerra Santa?

En las tierras de occidente, *España* encabezó una apasionante defensa para recuperar la península de las fuerzas del *Islam*. Ahí también el espíritu de la *Guerra Santa* fue el que gobernó. Al entablar batalla, mientras “los moros clamaban “¡Mahoma!,” los cristianos gritaron “¡Santiago!”⁴² Varias fueron las caballerías que abrazaron el compromiso de defender la fe cristiana. Con el fin de rescatar los santos lugares en *Jerusalén* fueron habilitados los *Caballeros de Malta*, *Los Templarios* y los *Caballeros Teutónicos*. En los sitios de *España*, particularmente, las órdenes militares de *Calatrava*, *Alcántara*, *Santiago de la Espada* y *Nuestra Señora de la Merced* fueron las encargadas de expulsar al *Islam* de tierra cristiana.

Desde el punto de vista práctico, el resultado de las *Cruzadas* medievales para los cristianos fue un auténtico fracaso. Hubo, para la parte occidental, miles de vidas humanas perdidas, los recursos materiales de la cristiandad quedaron exhaustos, y lo más importante, el *Santo Sepulcro* no fue rescatado. Solamente *España*, en 1492, logró expulsar exitosamente a los moros de *Granada*: último territorio ocupado por el *Islam* después de 700 años de resistencia armada. Al margen de las pérdidas registradas a raíz de las *Cruzadas*, lo cierto es que ellas dieron unidad a *Europa* por medio de la vitalidad de la fe; propiciaron la mezcla racial; aumentaron el acercamiento intelectual entre oriente y occidente; y estimularon el crecimiento comercial en los puertos italianos. Así mismo, fue gracias a las peregrinaciones cristianas que transitaron entre oriente y occidente durante más de doscientos años en búsqueda de reliquias cristianas; que se transformó radicalmente la estructura financiera europea abriendo el camino al futuro sistema económico moderno. Ante el fracaso del rescate del *Santo Sepulcro*, el tráfico de reliquias, aseguran los historiadores *Edwin S. Hunt & James M. Murray*, se convirtió en una fuente que mantuvo viva tanto la fe como el influjo del turismo religioso europeo.⁴³

Si bien la historiografía actual tiende a ver en las *Cruzadas* un movimiento armado que sólo buscaba satisfacer apetitos económicos, lo cierto es que semejante interpretación, como señala la historiadora *Pernoud* “no es sino el fruto de una extraña transposición al pasado de la mentalidad de nuestra época, que todo lo ve a la luz de ese prisma.”⁴⁴ El legado económico,

⁴² Rops, op. cit., p. 485.

⁴³ Edwin S. Hunt & James M. Murray, *A History of Business in Medieval Europe, 1200-1550*, Cambridge: University Press, 1999, p. 68.

⁴⁴ Regine Pernoud, *Los Hombres de las Cruzadas*, Madrid: Swan, 1987, p. 41, Sáenz, op. cit., p. 234.

Hugo González Murillo
Canadá y la Primera Guerra Mundial: ¿Guerra Santa?

social y cultural de las *Cruzadas* fue importante, y de hecho, en cierta medida estos tres aspectos tan indispensables para el desarrollo de las civilizaciones pudieron haber servido de estímulo para realizarlas; pero su mayor símbolo, el que realmente reflejó el anhelo que las alimentó fue el martirio. Para el año 850, por su defensa contra el *Islam*, *España* ya contaba con cuatro mártires: “el Arzobispo Eulogio, el sacerdote Praefectus y dos encantadoras niñas, María y Flora, quienes derramaron su sangre en Córdoba a la edad de veinte años.”⁴⁵

El caballero medieval vio en la defensa de su religión la suprema meta de todos sus esfuerzos. Por su profundo espíritu cristiano, el propósito principal fue siempre el de sostener un buen combate, que era el combate por *Jesucristo*. Sacrificio, martirio, auto negación a favor de *Cristo*: ese fue el principal móvil y significado de la vida caballeresca. Hombres notables como *Rodrigo Díaz de Vivar El Cid*, y los reyes *Ricardo Corazón de León* y *Felipe Augusto* fueron, aun con sus debilidades y errores, la encarnación de ese espíritu de sacrificio a favor de la fe cristiana. El gesto del martirologio francés quedó representado especialmente por el rey *San Luis*: hombre que buscó vivir al servicio de *Dios* y para quien sus esfuerzos militares terminaron en fracaso.

Conclusión

Tanto las causas remotas como aquellas inmediatas que precipitaron el estallido de la *Primera Guerra Mundial* no guardan conexión alguna con el contexto religioso. El *Canadá*, en particular, y en primera instancia, respondió al llamado del *Imperio Británico* bajo la premisa de detener la amenaza alemana. Al reaccionar así, el colonialismo británico, como símbolo por excelencia de la civilización occidental, según lo manifestó el colonizador *Cecil Rhodes*,⁴⁶ sería preservado. Por otro lado, el *Canadá*, como joven nación, buscó alcanzar un mayor prestigio dentro de la arena internacional a partir de una buena actuación dentro del conflicto como parte de las fuerzas aliadas. Al final de la guerra, sin embargo, *Canadá* no logró tal objetivo. Si bien la moza nación americana había contribuido con la causa aliada al vencer a los países centrales de

⁴⁵ Rops, op. cit., p. 487.

⁴⁶ David Jablonsky, *Churchill, The Great Game and Total War*, London England: Frank Cass & Co., 1991, p. 14.

Hugo González Murillo
Canadá y la Primera Guerra Mundial: ¿Guerra Santa?

Europa en 1918, ella tendría que esperar varias décadas para hacerse de un lugar importante entre las naciones líderes del mundo occidental.

La memoria colectiva canadiense de posguerra, gracias a documentos y testimonios legados de la época, se ha conservado hasta nuestros días para dar testimonio de un evento histórico de suma relevancia que impactó nuestro pasado próximo haciendo que algunos de sus efectos en el área política, económica y social aun sean perceptibles en cierta medida en nuestro presente. Sin embargo debe ser considerado que los testimonios que dieron forma a la memoria colectiva canadiense de posguerra no estuvieron exentos de una impregnación emocional apasionada y romantizada que fácilmente pudo haber distorsionado la causalidad y efectos de los hechos reales. Sin duda alguna existieron héroes canadienses dignos de ganar todo el reconocimiento oficial por medio de honores y medallas. Como ejemplo, se puede mencionar el caso del nativo de origen indígena de la *Provincia de Ontario*, *Francis Pegahmagabow*, quien por su desempeño durante la *Primera Guerra Mundial* se hizo acreedor a una medalla militar, dos barras y una cruz victoriana. El influjo de la *Gran Guerra* dio héroes a cada uno de los países involucrados, que de alguna manera, representaban los más dignos valores de cada nación.

En el *Canadá*, un despertar religioso apareció claramente delineado en los corazones de aquellos que pelearon y fueron testigos, directos o indirectos, de la contienda. Al filo del fatalismo de guerra, no fue poco común que el heroísmo y la religiosidad aparecieran entremezclados, no con ello significando que la causa de la lucha fuese realmente religiosa; como por otro lado sí lo fue la *Guerra Santa* medieval conocida como *Cruzada*. El heroísmo, como establece el filósofo alemán *Max Scheler*, encarna nobleza y responsabilidad;⁴⁷ pero no necesariamente es siempre portador de un sentimiento profundo que reconoce la existencia de una entidad superior, *Dios*, por la cual hay que pelear y sacrificar la vida. En una guerra religiosa, el objetivo y detonante es la lucha por una causa trascendental, de hecho, la más trascendental de todas: la divina. El caballero o guerrero medieval rezó y fue capaz de encarnar el heroísmo, tal y como puede ser en una guerra secular, pero además, muchas veces, en virtud de su móvil y causa, se encontró más allá de los límites inmanentes alcanzando por ello la

⁴⁷ Max Scheler, *El Santo, el Genio, el Héroe*, Buenos Aires: Nova, 1961, p. 133.

Hugo González Murillo
Canadá y la Primera Guerra Mundial: ¿Guerra Santa?

santidad vía martirio. El santo es el hombre para quien no existe nada más elevado que *Dios*: es un amante del *Ser Supremo* en su constante contemplación.⁴⁸ Para el santo, el sacrificio por lo excelso, el martirio por la fe es fuente de fortalecimiento espiritual, haciendo que el holocausto sea siempre una posibilidad, y en algunos casos, hasta un anhelo. Por supuesto, no todos los sujetos involucrados en una *Guerra Santa* pelean por propósitos sacros. Las *Cruzadas* medievales no solo mostraron innumerables atrocidades, sino que revelaron que algunos de sus protagonistas persiguieron meros intereses materiales. Sin embargo, si alguna guerra en el transcurso de la historia ha sido justificada como santa por el hecho de estar ligada a una causa religiosa, entonces, la misma debió de haber aportado no solo héroes, sino mártires y hasta santos para provecho de la civilización. En este sentido ¿Cuántos santos dio la *Primera Guerra Mundial*? ¿Cuántos el *Canadá*?

Si se reconociese sin embargo la posibilidad de una aportación santoral, aun cabría dilucidar cuales pudieron haber sido las causas directas de su existencia, ya que por el mero hecho de la posibilidad de existir, la emergencia de santos no indicaría que la *Primera Guerra Mundial* fue, en sus causas intrínsecas y efectos directos, una guerra religiosa. Por lo pronto, lo que sí aparece a todas luces como algo evidente, es que la comprobación de una hipótesis apoyando el origen de la *Primera Guerra Mundial* como un evento ligado a una causa religiosa como detonante y móvil permanente cuenta con pruebas testimoniales y documentales más bien débiles.

⁴⁸Antonio Caponnetto, *Los Arquetipos y la Historia*, Guadalajara, Jalisco, México: Folia Universitaria, Universidad Autónoma de Guadalajara, 2003, p. 160.